

Homilía de IV Domingo de
Adviento

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Había unos pastores que pasaban la noche a la
intemperie”

Introducción

El profeta Isaías nos anuncia el nacimiento del Mesías. Nos dice que el Niño alumbrará a un pueblo que ahora camina en tinieblas. Con el Niño tendremos seguridad, firmeza, justicia y derecho, porque con Él llega el Reino de Dios.

En el Salmo proclamamos la alegría que sentimos ante la inminente venida del Señor. Es una alegría que comparte toda la creación: el mar, la tierra, los campos y los bosques, porque va a nacer el Salvador.

En su carta a Tito, san Pablo afirma que la encarnación de Jesús ha hecho visible la bondad de Dios, pues su Reino no es una mera idea utópica, sino que lo vivimos en el día a día, con nuestro comportamiento cristiano, movidos por la esperanza de alcanzar la plena felicidad.

El evangelista san Lucas nos narra el nacimiento del Señor y el anuncio de dicho acontecimiento a los pastores, con un coro de ángeles que canta alabanzas al Señor.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Iglesia de la Santísima Trinidad (Trinidad - Cuba)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 7,1-5.8b-12.14a.16

Cuando el rey David se asentó en su casa y el Señor le hubo dado reposo de todos sus enemigos de alrededor, dijo al profeta Natán: «Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios habita en una tienda». Natán dijo al rey: «Ve y haz lo que desea tu corazón, pues el Señor está contigo». Aquella noche vino esta palabra del Señor a Natán: «Ve y habla a mi siervo David: “Así dice el Señor: ¿Tú me vas a construir una casa para morada mía? Yo te tomé del pastizal, de andar tras el rebaño, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. He estado a tu lado por donde quiera que has ido, he suprimido a todos tus enemigos ante ti y te he hecho tan famoso como los grandes de la tierra. Dispondré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que resida en él sin que lo inquieten, ni le hagan más daño los malvados, como antaño, cuando nombraba jueces sobre mi pueblo Israel. A ti te he dado reposo de todos tus enemigos. Pues bien, el Señor te anuncia que te va a edificar una casa. En efecto, cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo

suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré su reino. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre”».

Salmo

Sal 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 R. Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dijiste: «Tu misericordia es un edificio eterno», más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/. «Sellé una alianza con mí elegido, jurando a David, mi siervo: Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades». R/. «Él me invocará: “Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora”. Le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 16, 25-27

Hermanos: Al que puede consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora mediante las Escrituras proféticas, dado a conocer según disposición del Dios eterno para que todas las gentes llegaran a la obediencia de la fe; a Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Comentario bíblico

Iª Lectura: IIº Samuel (7,1-5.8b-12.14a.16): Dios no quiere ser "encerrado"

I.1. Se toma hoy la primera lectura del IIº Samuel, que está centrada en la profecía de Natán, el profeta que aconsejó al rey David durante gran parte de su vida; el que le prometió una casa, una dinastía, pero el que también se opone a él cuando sus acciones no eran justas y no las consideraba en el plan de Dios. David había trasladado el Arca de la Alianza hasta Jerusalén, pero quería rematar esta acción religioso-política con la construcción de una «casa» (bayit) para Yahvé. Pero Dios no se lo habría de permitir, según el profeta, quizás porque su proceder no fue digno, como en el caso de Betsabé y de censo del pueblo. No obstante, Dios le promete una dinastía (bayit), que habría de servir, con el tiempo, como resorte ideológico para la teología mesiánica que los profetas elevarían a la categoría más alta, en cuanto el Mesías que habría de venir traería la justicia, la paz y la concordia. Lo que David quería, pero sus caminos eran distintos de lo que Dios quería.

I.2. Sabemos, pues, que este texto de hoy es uno de los hitos de esa teología mesiánica que recorre todo el AT. Una teología que no tiene que ver nada con los planteamientos socio-políticos de la monarquía sagrada y su descendencia, ya que Dios no elige, ni se compromete, con un sistema de gobierno, sino que los profetas se valieron de ello como símbolo del «Reino de Dios», acontecimiento de justicia y de paz. En el texto, a pesar de todo, hay una crítica de Dios a estar “encerrado” en una “casa” construida por intereses político-religiosos. Dios quiere y desea algo más humano y más digno. La respuesta, para nosotros los cristianos, la tenemos en el texto del evangelio: Dios se construye una morada en el seno materno de María.

IIª Lectura: Romanos (16,25-27): El evangelio, misterio de salvación de Dios

II.1. La segunda lectura es de Romanos, concretamente la “doxología” final, un himno en definitiva, que presenta varias dificultades textuales: algunos manuscritos la sitúan en otro momento (v.g. Rom 14, 23; o Rom 15,33). Incluso, hay autores que piensan que es un remate extraño a la carta a los Romanos, propio de la tradición paulina. Se recurre al «evangelio que proclama», que es el punto focal de toda la carta. Pero el evangelio no es de Pablo, no se lo ha inventado él, sino que se le ha manifestado para darlo a conocer. El evangelio es Jesucristo que revela el misterio de Dios para que todos los pueblos, no solamente el pueblo judío o la Iglesia, sean beneficiarios de los dones divinos. El evangelio debe ser la buena noticia que impregne todos los corazones de los hombres.

II.2. En realidad, para entender la densidad de lo que se quiere decir aquí, habría que considerar toda la carta a los Romanos, que es el escrito paulino más consistente de su pensamiento teológico y de su predicación de la gracia salvadora de Dios. En Cristo se revela el misterio de Dios ¿Qué misterio? el de la salvación de todos los hombres, judíos o paganos. Este es el tema fundamental de la carta a los Romanos, y por eso esta doxología o himno final tiene en cuenta toda la teología de la carta a los Romanos, expresada ya desde 1,16-17. En este sentido, pues, el evangelio, que es Jesucristo, nos revela el misterio de la salvación de Dios. Y este evangelio comienza desde que es “hijo de David” (Rom 1,3), es decir, desde la Encarnación y nacimiento de Jesús para lo que nos preparamos en Adviento.

Evangelio: Lucas (1,26-38): María, en manos de Dios

III.1. El evangelio de la “anunciación” viene a llenar una laguna, algo que muchos echan de menos en el evangelio de Marcos. Por eso, en el último domingo de Adviento se recurre al tercer evangelio, que es el único que nos habla de María como la auténtica mujer profética que va perfilando, con sus gestos y palabras, lo que posteriormente llevará a cabo su hijo, el Hijo del Altísimo con que se le presenta en la anunciación. Esto ocurre así, en la liturgia de hoy, previa a la Navidad, porque si Juan el Bautista es una figura iniciadora de este tiempo litúrgico, es María la figura que lleva a plenitud el misterio y la actitud del Adviento. El relato de la anunciación de Lucas no se agota en una sola lectura, sino que siempre implica una novedad inagotable. Esta mujer de Nazaret (aldea desconocida hasta entonces en la historia) será llamada por Dios, precisamente para que ese Dios sea el Emmanuel, el Dios con nosotros, el Dios humano. (cf también el comentario a este texto en la Fiesta de la Inmaculada).

III.2. No obstante, Dios no ha querido avasallar desde su grandeza; y, para ser uno de nosotros, ha querido ser aceptado por esta mujer que, en nombre de toda la humanidad, expresa la necesidad de que Dios sea nuestra ayuda desde nuestra propia sensibilidad. El papel de María en esta acción salvadora de Dios no solamente es discreto, sino misterioso. Ella debe entregar todo su ser, toda su feminidad, toda su fama, toda su maternidad al Dios de los hombres. No se le pide un imposible, porque todo es posible para Dios, sino una actitud confiada para que Dios pueda actuar por nosotros, para nosotros. No ha elegido Dios lo grande de este mundo, sino lo pequeño, para estar con nosotros. María es la que hace sensible y humano el Adviento y la Navidad.

III.3. En este texto de la “anunciación” vemos que a diferencia de David, piadosillo, pero interesado, es Dios quien lleva la iniciativa de construirse una “morada”, una casa (bayit), una dinastía, en la casa de María de Nazaret, una mujer del pueblo, de los sin nombre, de los sin historia. El ángel Gabriel que antes había sido “rechazado” de alguna manera en la liturgia solemne del templo por el padre de Juan el Bautista, que era sacerdote, es ahora acogido sencilla y humildemente por una mujer sin título y sin nada. Aquí sí hay respuesta y acogida y aquí Dios se siente como en su casa, porque esta

mujer le ha entregado no solamente su fama y su honra, no solamente su seno materno, sino todo su vida y todo su futuro. Es ahora cuando se cumple la profecía de Natán (“Dios le dará el trono de David, su padre”), pero sabemos que será sin dinastía ni títulos reales.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Este cuarto domingo de Adviento de 2017 es muy especial, porque cae en 24 de diciembre, día en el que celebramos la Noche Buena, con su Misa del Gallo. Por ello, en sólo unas horas pasaremos de *esperar* al Niño Jesús a *recibirlo*.

En la lectura del Evangelio que la Iglesia nos invita a meditar en esta Eucaristía, encontramos al menos dos elementos en común entre la escena del nacimiento de Jesús y la del anuncio a los pastores, a saber: los protagonistas, en ambos casos, son humildes y están fuera de casa.

De la humildad de Jesús poco necesitamos decir porque la conocemos bien. San Pablo, en su cántico de la carta a los Filipenses nos dice que Jesús «*se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos*» (Fil 2,7). Y tanto fue así, que quiso nacer en un establo de Belén, a varios días de camino de Nazaret, de donde eran María y su esposo José. Es decir, Jesús, siendo Dios, nace como un humilde indigente.

Ciertamente, la humildad y la indigencia son dos elementos fundamentales para que nosotros vivamos espiritualmente la Navidad. Y un buen ejemplo son los pastores. ¿No es significativo que el ángel anuncie el nacimiento del Señor a unas personas que duermen al raso fuera del pueblo, en lugar de a los vecinos que están en sus casas? Algo importante nos está diciendo el Espíritu Santo con esto.

Efectivamente, los pastores de Belén sintonizaban muy bien con la humildad y la indigencia de Jesús. Pensemos en esto: los que estaban cómodamente en sus casas, ¿iban a dejar su confort para ir a un establo a alabar a un bebé? Y los que se creían sabios e importantes, ¿iban a aceptar que ese bebé era el Hijo de Dios? Recordemos, cómo, años más tarde, los propios paisanos de Jesús le van ningunear por ser el humilde «*hijo del carpintero*» (Mt 13,55).

El propio Jesús se consideraba a sí mismo indigente. En una ocasión le dijo a un escriba que deseaba seguirle: «*Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*» (Mt 8,20). Sabemos que su pobreza le ayudaba a predicar el Evangelio. Le daba libertad para «*anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos*» (Lc 4,18). En efecto, Jesús estaba disponible para todos gracias a su indigencia. Por eso no es casualidad que fuera ejecutado fuera de los muros de Jerusalén, subrayando así su condición de desamparo, desde la cual abrió su corazón a toda la humanidad.

Esto, en cierta medida, lo vemos también en los pastores. Ellos tenían que dormir a la intemperie en medio del monte y rodeados de ovejas y otros animales. Pero esa indigencia la vivían sobre todo interiormente, porque eran muy conscientes de no ser apreciados por la sociedad. Los humildes pastores de ovejas eran considerados personas rudas y poco de fiar, pues estaban en contacto con la gente más marginal de la sociedad, la que vivía fuera de los pueblos: los locos, los leprosos, los ladrones, las prostitutas... Ello hacía que fueran rechazados y excluidos de muchos actos sociales. Por eso estaban abiertos a todas las invitaciones, aunque se tratara de ir a alabar a un bebé que había nacido en un establo. Los pastores agradecían enormemente los gestos de cariño, y correspondían a ellos.

Y esto es clave para celebrar la Navidad. Pues sólo la experimentaremos interiormente si la sabemos compartir abiertamente con los demás. Es cierto, sólo los que tienen un corazón acogedor y receptivo escucharán el anuncio del ángel en lo profundo de su corazón y aceptarán su invitación. En cambio, los que se sienten superiores o especiales, los que se muestran simpáticos sólo con un grupo selecto de personas, los que rechazan charlar con gente que consideran inferior o diferente, les costará mucho más vivir la Navidad. Estas personas pasarán esta fiesta de un modo superficial y puramente comercial. Quizás se diviertan recibiendo regalos, comiendo y bebiendo, pero no experimentarán el nacimiento del Salvador.

Los pastores de Belén son animan a ser humildes y abiertos, sencillos y simpáticos, dóciles y tiernos con todos. Pero mucha gente no sigue su ejemplo. Por ello el Tiempo de Navidad es, desgraciadamente, la época en la que más antidepresivos se venden en las farmacias. Todos conocemos a personas que lo pasan francamente mal en estas fechas. Quizás alguno de nosotros seamos uno de ellos. Pues bien, salgamos de nuestra coraza interior y arriesguémonos a «estar en descampado». Seamos como los humildes pastores del Evangelio, que no tienen reparos en escuchar la voz de un extraño que les invita a pasarlo bien alabando al Niño Jesús.

Nos costará hacerlo, porque quizás nos resulte extraño o embarazoso, pero el premio merece la pena, pues compartiremos la experiencia de la Navidad con otras personas, y así, sentiremos que nuestra vida se ilumina, como profetiza Isaías en el texto que hemos leído. Y seremos testigos de que no se trata de una ilusión o un mero sueño, sino de algo muy real, pues, como le dice san Pablo a su amigo Tito: veremos «*la bondad de Dios, que trae la salvación a toda la humanidad*» (Tit 2,11).

Aprovechemos pues estas pocas horas que faltan para Noche Buena para hacer nuestra la actitud de los pastores de Belén. Seamos humildes y abiertos como ellos, y viviremos realmente la Navidad.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Iglesia de la Santísima Trinidad (Trinidad - Cuba)

Evangelio para niños

IV Domingo de Adviento - 24 de Diciembre de 2017



Anunciación

Lucas 1, 26-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado Jossé, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando a su presencia, dijo: - Alégrate, llena de gracia, el Señor esta contigo; bendita tú entre las mujeres. Ella se turbó antes estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: - No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el rono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Y María dijo al ángel: - ¿Cómo será eso, pues no conozco varón? El ángel le contestó - El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible. María contestó: - Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Explicación

María estaba prometida a José para casarse pronto con él. Vivía en un pueblecito llamado Nazaret. Y un día se vio sorprendida por una voz que en su corazón la saludó así: "¡Qué buena eres, María! ¿Quieres ser la madre de Dios? Tú le darás vida dentro de ti y le llamarás Jesús". Y ella dijo: "Sí, que se cumpla en mí lo que Dios, el Señor, desea".